



Nicholas Ray, director de «Rebelde sin causa» y «55 días en Pekín», en el Festival de San Sebastián, en 1974

Nicholas Ray, el pirata de Hollywood vino a morir a España

► El director de «Rebelde sin causa» se refugió en el exceso de la España del aperturismo

LUCÍA M. CABANELAS
MADRID

Llevaba un parche en el ojo, como los grandes cineastas, aunque no estaba tuerto ni era pirata, y se lo cambiaba de lado a su antojo. Nicholas Ray (1911-1979) era un tipo alto y elegante, con andares de Cary Grant pero la losa de saberse un perdedor, siempre la segunda opción de todo gran proyecto. Estaba marcado por el alcoholismo de su padre, que heredó como forma de anestesiarse de la realidad. Esa que le ofrecía los proyectos que otros no querían, y que le terminó llevando a España, donde desahogó sus problemas en bares y noches de juerga.

Director marginal, de mirada introspectiva, «era un poeta cinematográfico de la envergadura de Murnau, una especie de Rossellini hollywoodiense, además de con evidentes toques de alien-

to épico shakesperiano que le emparentaba con Welles», reconoce José Luis Garcí, que prologa «El universo de Nicholas Ray» (Notorius Ediciones).

En «Rebelde sin causa», fiel a sí mismo, quizás porque así le llegaron varios de sus proyectos más memorables, no eligió la primera opción sino la más inesperada. Puede que Marlon Brando fuera idóneo para el papel, pero Ray prefirió al tímido James Dean, al que le sacó todo lo que su amigo Elia Kazan le había dejado dentro.

El director de «Volver a empezar», se recuerda fascinado por asistir tras años de censura al espectáculo de un James Dean cercano, venajado, con un Jim Stark que le venía al guante, enfundado en esa cazadora bomber de color rojo bote Coca-Cola, «una prenda de tanta miticidad como los guantes de "Gilda", las gafas de Audrey Hepburn en "Desayuno con diamantes" o los tirantes de Charlotte Rampling en "Portero de noche"».

Como eterno segundón, Nicholas Ray llegó a Madrid a los 48 años para dirigir un proyecto que otro cineasta había ignorado. Así emprendió un costoso rodaje en la capital de España, tras las cámaras de esa «Rey de reyes» que rechazó el genio del parche y la pipa John Ford tras la oferta de Samuel Bronston. Según el productor, ese judío ruso que erigió en España el mayor imperio cinematográfico de Europa, la película iba a ser la nueva «Ben-Hur», aunque terminó siendo una de cartón piedra, como sus estudios, y solo funcionó en España, recaudando 10 millones de pesetas.



Arriba, un momento del rodaje de «Rey de Reyes». Debajo, Ava Gardner en el set de «55 días en Pekín»

Una y no más, dijo Ray tras la experiencia, y se mudó a Italia, dejando en Madrid a su vecina Ava Gardner y a Orson Welles, abrigados por el exceso de la España del aperturismo.

Tres años después de su exilio autoimpuesto, rompió su promesa de no volver a rodar para Bronston en 1961 y dirigió «55 días en Pekín», que David Lean había declinado antes de que él cogiera el toro por los cuernos. Desen-

Un perdedor

«Es un buen tipo –le dijo John Huston a Charlton Heston–, pero he jugado con él al póquer y es un perdedor»

cantado de la vida y reventado por un alcoholismo recalcitrante, el rodaje fue una tortura para el director de «Rebelde sin causa». «Es un buen tipo –le dijo John Huston a Charlton Heston– pero he jugado con él al póquer y es un perdedor». Un augurio que terminaría por cumplirse cuando Ray fue invitado a irse por la puerta de atrás de los estudios madrileños de Las Rozas. El desastre lo fue por varias razones, desde el guión inacabado hasta la pésima planificación del proyecto. Pero el peor error fue contratar a Nicholas Ray, que no estaba preparado para asumir la dirección de un filme que terminaron completando Andrew Marton y Guy Green.

Adrián Sánchez, en el diccionario del libro «El universo de Nicholas Ray», dice que, inmerso en sus contradicciones, vino a España a morir: «Extenuado, desmotivado y roto, terminó en un hospital, expulsado de una producción caótica que solo pudo terminarse por el empeño personal de Heston».

Pagó así las consecuencias de sus adicciones, siempre entre drogas, alcohol y partidas de cartas; de esa rebeldía con la que terminó boicoteándose, quizás para evitar un segundo éxito. El pirata de Hollywood encontró su tesoro en España, un club al que bautizó como «Nickas», que también podía leerse como «Nick Ass», el culo de Nick. Ray languidecía, pero todavía conservaba cierto humor. El club de su propiedad espoleó la zona de Avenida de América, en cuyos apartamentos, según el fallecido Moncho Alpuente, «se fraguaron grandiosos guiones y apasionantes romances, confabulaciones, mani-fiestos y lios de drogas». Tal y como escribió el escritor Marcos Ordóñez, «el Nickas se convirtió en el club de los americanos y la gente del cine, pero apenas duró dos años porque era incapaz de administrarlo».

De Madrid, Nicholas Ray se llevó muchas juergas, noches infinitas como la de sus amantes, y hasta una bofetada de Ava Gardner, que le golpeó una mañana delante de todo el equipo de «55 días en Pekín». También broncas, los recelos justificados del Cid americano, Charlton Heston. Y ese club de jazz en el que los suyos aliviaban sus excesos y se refugiaban de las miradas indiscretas de un Madrid crápula donde se agitaba un cóctel imposible, con toreros, actores y artistas de flamenco que entraban y salían de Chicote y Villa Rosa, del Oliver y del tablado El Duende. Incluso se encaprichó de una española, la murciana Mari Trini, que por entonces vestía de negro. Se llevó muchas cosas, hasta una crisis nerviosa, una suerte de epitafio para el autodestructivo realizador, que vino a morir a la misma España que Frank Sinatra juró no pisar nunca más.

Calle Alcalá, 412
**LOTE 5 PLAZAS
PARKING EN VENTA**
| 100.000€ |
Lote 5 plazas
t.673 20 05 58 / 91 831 77 26